PEDRO FIGARI: UN UTOPISTA EN SU ÉPOCA… UN VISIONARIO AMERICANISTA EN EL HOY. *ENTRE LAS LUCES Y LAS SOMBRAS…*

Al ingresar al estudio histórico de la educación técnica, se hace casi ineludible efectuar un análisis introspectivo en donde el imaginario social, identifica a esta área de enseñanza con términos tales como; «el taller de adoquines», «el cuartel de Morales» o la solución a los «niños descarriados» de una sociedad. Desde nuestro país, esta fue la impronta que ineludiblemente encasilló y fue la génesis desde finales del siglo XIX; hasta nuestros días. Se hace necesario contextuar, los inicios de los vínculos rioplatenses, base de lo que era un novel modelo educativo montevideano de la Escuela de Artes y Oficios en 1878. Las crónicas de esos años, relatan en Buenos Aires que en 1881 grupos de alumnos de esta institución, visitan la «Gran exposición de la Industria Argentina» y un año después recíprocamente visita la institución el expresidente Nicolás Avellaneda.

> En enero y febrero de 1882, visita la escuela el Sr. Manuel Bilbao, autor de la correspondencia que publica «La libertad» de Buenos Aires. Una comisión nombrada por el gobierno argentino viene a estudiar el régimen interno del centro docente a fin de aplicarlo a un establecimiento del mismo género en Buenos Aires […] elocuente juicio de Nicolás Avellaneda, quien visita la Escuela de Artes y Oficios de Montevideo poco después de ser presidente […] en el cable que por líneas telegráficas servían de aprendizaje a los alumnos de este instituto, expresándoles: Saludamos al señor Presidente de la República, y lo felicitamos por el asombroso estado de la Escuela de Artes y Oficios, que no tiene ejemplo en América del Sur… (Martínez Montero y Villegas Suárez, 1967 : 55)

Otro expresidente argentino, Domingo Faustino Sarmiento, siendo Superintendentes de Escuelas, en 1883 visita la escuela, situación que es descripta por un mismo argentino de la época, y señala:

> … para todos la gran atracción, el gran clave de la ceremonia, era el anunciado discurso del prócer argentino. El público apiñado lo esperaba con visible ansiedad […] aquel discurso no fue un discurso sino una alocución familiar: un vagabundeo oratorio de indescriptible donaire y desenvoltura, un derramar a manos llenas, un caudal de ideas suficiente para diez discursos y que después de ensalzar los merecimientos del coronel Belinzon, felicitaba al director de la orquesta estudiantil por haber elegido a un sordo como juez de sonidos, extendiéndose sobre otras expresiones de protesta contra todos los despotismos y hasta raptos de brillantes conceptos y de estilo que a todos estremecían […] en aquel atardecer del 27 de enero de 1883, Sarmiento declara que estaba delante del mejor establecimiento en su género en América del Sur (Groussac, 1920: 197)

Surge en la banda musical de la Escuela de Artes y Oficios, una personalidad que después se catapultaría en la vecina orilla, con la creación de la «Marcha de San Lorenzo»; Cayetano Silva. Este hecho iba a marcar el vínculo del pedagogo argentino con la Escuela de Artes y Oficios, quien a

partir de 1883 visita la institución para las exposiciones anuales y preside los exámenes públicos de los alumnos. A su vez las crónicas señalan que corregía los exámenes escritos descansando en lo que era el otrora pueblo de Santa Lucía, a orillas del río del mismo nombre. Pasado el lustro de «oro» se iniciaría un período de oscuridad, en donde los éxitos del pasado pasarían a ser un recuerdo y en donde la escuela desterraría el aspecto pedagógico, «navegando» en una anómia institucional autoritaria que no culminaría hasta la primera década del siglo XX.

La génesis de la era Figariana

> … Preparando obreros conscientes, obreros-artistas, podemos esperar que sus energías se insinúen útilmente en todas las formas imaginables de la producción y de la vida, y esto es lo que constituye la verdadera riqueza, la elevación, la cultura de un pueblo, y es también la mejor forma de cimentarla por cuanto ofrece un promedio más halagador y efectivo y no aquella engañosa apariencia en la cual surge un ínfimo porcentaje de grandes intelectuales y refinados, en medio de una llanura pampeana de ignorancia y atraso.
>
> Pedro Figari

A partir de la frase que nos precede de su libro Educación y Arte, se podrán interpretar las ideas de educación técnica que el Dr. Figari había pensado para el Uruguay de esos años. A finales del siglo XIX, Pedro Figari, ya teniendo una reputación profesional y estando en su segunda legislatura como diputado, venía desde hace varios años escribiendo sobre Arte y su vínculo con la industria; desde una perspectiva social y americanista. En el medio de la crisis del novecientos, la presentación de un proyecto de ley para la creación de la Escuela de Bellas Artes había quedado postergada por intrascendente. A partir de la presentación del proyecto el 16 de junio de 1900, y siendo diputado, Figari inicia un periplo convencido de la necesidad en el país de una enseñanza de «arte industrial». Su innovador pensamiento estaría muy alejado de lo que él había apreciado en sus viajes en instituciones de estudio europeas en relación al tradicional vínculo entre el elitismo, la academia y las Bellas Artes. La perspectiva de su pensamiento iba en la línea de llenar un «vacío pedagógico», y buscaba en primera instancia, la crítica al modelo de la Escuela de Artes y Oficios de fines del siglo XIX, ya que formaba obreros manuales sin criterios estéticos. Por otro lado, también argumentaba que la formación de la Universidad -más específicamente de la facultad de matemáticas- era ecléctica y estética, demasiado intelectualizada.

> Abolidos para siempre los derechos de la conquista, el vasallaje, las injustificadas distinciones y prerrogativas sociales, la esclavitud y todo otro medio violento de existencia que no sea la benéfica lucha del hombre con la naturaleza, este dedica su inteligencia y sus fuerzas a la multiplicación y perfeccionamiento de los productos de sus trabajos, bajo el amparo de

> instituciones liberales, progresistas e igualitarias […] Todos los pueblos se han preocupado de esta cuestión como de una de las bases fundamentales de su riqueza y progreso; y los que lo olvidaron sufrieron las consecuencias fatales de su culpable imprevisión […] acercar las facultades productivas de la tierra a la mano del hombre. El adelanto de todas las industrias nos demuestra que la inteligencia humana es tanto o más poderosa para la producción que las fuerzas de la naturaleza (Anastasia, 1994 : 5-6).

EN LA OTRA ORILLA DEL RÍO DE LA PLATA…

Surgía la figura de un ingeniero que había estado trabajando en la construcción de nuevas lineas ferroviarias y los proyectos de correos neumáticos en Bs. As. Otto Krause, era oriundo de la prospera localidad de Chivilcoy, nombrada por Sarmiento en su discurso de asunción de presidente como su modelo de país; «*Haré cien Chivilcoy*». Docente durante muchos años de la Escuela de Ingeniería de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de Buenos Aires. Su preocupación y su perspectiva pedagógica también estaba fuertemente influenciado por la impronta social, base del conocimiento del desarrollo industrial del país por esos años. Habiendo renunciado en noviembre de 1895 al cargo de director interino del arsenal de guerra (pues no aceptaba que su capacidad fuese forzada por las circunstancias de peligro de guerra con Chile), su vida académica no se separará más de la educación industrial. Luego de un largo proceso de inercia y vaivenes institucionales, es nombrado Director Técnico del recién creado Departamento Industrial, anexo a la Escuela Nacional de Comercio. Krause encuentra una institución educativa con un principio de organización completamente inadecuado a los fines que debía perseguir esta clase de instituciones. Y puntualiza:

> el sistema educacional del país es, si no defectuoso, por lo menos incompleto, específicamente en lo que se refiere al desenvolvimiento Intelectual y moral de las masas populares y que es necesario resolver aún ese problema muy importante para establecer sobre bases sólidas la sociabilidad Argentina (Krause, 1899 : 129).

A partir de mayo de 1898 y haciendo honor a su trayectoria, enfoca toda su experiencia acumulada en las diferentes áreas de trabajo, a lo que es esencialmente la educación industrial. Las primeras medidas que Krause asume como necesarias, serán la contratación de personal y la compra de materiales e instrumentos para los talleres, laboratorios, la biblioteca y el museo de máquinas. Esta fue la etapa previa a empezar a generar las condiciones para instalaciones edilicias funcionales a esta educación. Ineludiblemente la obra de Krause surgió de su propio convencimiento de que el problema de la Enseñanza Industrial no afectaba solamente a la cultura de un pueblo, sino también y principalmente, a su economía.

> Dentro de la evolución que sigue la civilización moderna se nota una marcada tendencia hacia la preparación individual con fines lucrativos y de éxitos fáciles, y dentro de esta tendencia no

> hay ninguno que conduzca más seguramente al fin deseado que una buena preparación científica y práctica a la vez […] Los grandes éxitos modernos son debidos precisamente a esta unión de la teoría y de la práctica, la teoría que prepara el ingenio a nuevos descubrimientos e inventos y la práctica, la habilidad manual, le proporciona los medios de realizarlos con sus propias manos sin el auxilio de intermediarios(Krause, 1899 : 137).

Krause entonces señala que el proyecto pedagógico de la educación industrial, no se sustenta únicamente en el mero entrenamiento profesional, sino todo lo contrario. Buscará formar alumnos que se adapten a la complejidad y a las exigencias de las actividades productivas de la época.

FIGARI; LA DIFUSIÓN PROSELITISTA DE SU IDEA, ENTRE LA CRITICA Y EL DEBATE…

Estrictamente Figari tenía en su visión prospectiva una idealización de lo que podían ser las nuevas demandas laborales y la democratización del acceso a la nueva cultura artística por parte de las mayorías sociales. Este sería entonces el mayor argumento de su proyecto. Se inicia así una polémica y un debate diario en los medios de prensa. Figari, debido a su afinidad política con el Partido Colorado, hace sus defensas de prensa en el órgano oficial de dicha colectividad, «El Día», mientras que las primeras críticas parten de diarios de la época como «El Siglo», «El País», «Tribuna Popular» y el semanario «Ecos de la Semana».

> «…la propuesta resulta de toda inoportunidad y sería francamente contradictorio que el Estado se diera el lujo de costear escuelas de bellas artes cuando carece de los medios necesarios para facilitar la instrucción primaria que es la fundamental e imprescindible» (El Siglo, 24 de Junio de 1900)
>
> «Esta generación no puede ser de artistas, no somos bastante ricos para pagarnos el lujo de ser un pueblo ateniense. Esta generación no puede ser de artistas, sino de chacareros y de industriales, que es lo que reclaman los países que recién empiezan a vivir…» (El País, 29 de Junio de 1900)
>
> «El arado contra el arte […] el campo tiene sus necesidades; tiene las suyas la ciudad, como condensador social; el hombre se debe a la tierra, admitámoslo, pero la sociedad se debe a su civilización, a sus fines propios, a su misma existencia». (La Tribuna Popular, 30 de Junio de 1900)
>
> «…pues puede compararse con un indigente que en vez de buscar los medios de satisfacer sus necesidades más apremiantes e importantes pensara en ir al teatro o se queda contemplando un cuadro o una estatua» (Ecos de la Semana, 1º de Julio de 1900)

Como una forma de contrarrestar esta situación, Figari inicia la defensa de su pensamiento de arte vinculado a la enseñanza profesional, generando un documento titulado «Pasarse de prácticos», que busca ser una réplica directa de la última publicación, en donde ha de evidenciarse la no existencia de un orden natural para la normal satisfacción de las necesidades. A su vez, se ensaya un breve comentario sobre la realidad social de ese comienzo de siglo en donde la inmigración campeaba.

> Difícilmente puede establecerse en forma matemática el orden de precedencia con que han de llenarse las necesidades de un organismo tan complejo como es el de una nación, y mucho menos cuando este se halla en pleno período de formación […] Nuestro país es joven, sin duda; pero como entró tan tarde a la vida civilizada y está compuesto casi exclusivamente por elementos europeos, tiene aptitudes para ponerse al nivel de los centros más adelantados… (Figari P. 3 de julio de 1900).

Dicho documento culmina con una frase que con los años sería su «buque insignia» y que después reflejaría en toda su obra; *«El arte no es un lujo, es una necesidad».* Su audacia intelectual y su vocación personal por la pintura y el arte lo llevarían a formular una síntesis en la que arte e industria se conjugaran en la formación de las clases populares. Se resignaba a brindarles a estas clases una «educación de segunda», o de simple adiestramiento para ser funcionales a la obsoleta industrialización local de esos años. Visualizado por Figari, como una «batalla política», de la cual habría salido victorioso y aprovechando el vinculo político y de amistad con el Presidente; a exactamente treinta años de haberse efectuado el primer nombramiento de Escuela de Artes y Oficios, el 31 de diciembre de 1908 se eleva un decreto por parte del gobierno batllista para que la misma pase a depender, por primera vez en su historia, del Ministerio de Industrias, Trabajo e Instrucción Pública. Este sería un paso decisivo en las pautas para la fundación de una nueva institución, con una perspectiva de fuerte impronta pedagógica. La expectativa estaba formada, pero comenzaría su puesta en practica en un Uruguay con un nuevo presidente …y abría ineludiblemente cambios no previstos.

KRAUSE, EL ANHELO DE UN EDIFICIO EMBLEMA A ORILLAS DEL RÍO DE LA PLATA

> …Es de esperar que en poco tiempo la preocupación de muchas personas, colocadas especialmente en las clases superiores, de considerar con menosprecio a los que saben ejecutar con sus propias manos las creaciones de su cerebro, lleguen a la categoría de las cosas del pasado, y que la mayoría siga el ejemplo ya dado por algunos padres pudientes que mandan a sus hijos a esta escuela y que podrán considerarse como precursores de la nueva era… (Krause, 1899 : 142).

A incentivo de esto, se inicia el proyecto más anhelado de su obra: construir un edificio modelo. En esta causa ha de contar con el concurso de quien fuera uno de sus colegas más destacados en la educación técnica y tal vez su sucesor más relevante, el Ing. Eduardo Latzina. Las demandas por parte de los alumnos y su asistencia iban en aumento, situación que se ve reflejada en los números. Habían pasado cuatro años de 1897 y el número de alumnos había pasado de los veinticinco iniciales, a cerca de doscientos. Krause en su intencionalidad, busca involucrar diferentes sectores, principalmente en las esferas dirigentes, argumentando el sitial que debía ocupar la educación industrial:

> Los estadistas que no tengan vastos conocimientos industriales no pueden en la actualidad dirigir con acierto la economía nacional. La combinación de los estudios técnicos y trabajos manuales industriales tal como se llevan a cabo en esta escuela será como ya se vislumbra de grandes beneficios para el país […] las instituciones análogas de Norteamérica y Europa disponen de edificios amplios y adecuados construidos especialmente de acuerdo a las técnicas más avanzadas… (Citado en Colucci - Lieff , 2008: 32).

Para la realización de esa obra, Krause contó con el apoyo del senador nacional José Figueroa Alcorta, quien posteriormente seria presidente de la nación. Finalizada la obra, el año lectivo de 1908 se inició en el nuevo edificio. Se materializaba entonces lo que Krause había soñado, siendo Figueroa Alcorta el presidente de la Nación. Este, en acuerdo con el ministro de Instrucción Pública, decreta el 30 de Setiembre de ese año un viejo anhelo del ingeniero. El decreto conjugaba la idea de la universalización de la educación técnica y el compromiso estatal de fomento de la misma. Precisamente en el apogeo de la gestión de Krause, simbolizándose en su trayectoria y sin que hubiera tenido lugar la inauguración oficial del edificio, el decreto del presidente señala:

> Que la organización de las Escuelas Industriales de la República aún cuando responde a las exigencias de una preparación especial, no consciente en razón de sus horarios y planes de estudios la asistencia de aquellos que por motivos económicos se ven obligados a concurrir al taller o a la fábrica desde sus primeros años para atender a la subsistencia personal o a las de su familia. Por esa circunstancia se sustrae a la cultura la masa obrera del país […] aún cuando esta enseñanza complementaria pueda ser objeto de la acción privada, conviene que el Estado coopere a su desenvolvimiento, dada la importancia de los

> problemas sociales que ella contribuya a resolver […] la instrucción complementaria del obrero debe ser especialmente, de arte industrial y técnico bajo sus formas más elementales, para lo cual se cuenta con personal docente y elementos de instrucción adecuados. En la Escuela Industrial de la Nación se decreta la organización de una Escuela Complementaria Industrial como anexa a la misma. Los cursos durarán dos años con las siguientes materias: cálculo aritmético aplicado a las necesidades técnicas de la vida real del obrero […] Por otra parte, los cursos de cálculo aritmético, geometría, física, tecnología, dibujo y contabilidad, se dictarán especializados para cada oficio. Se requieren conocimientos de lectura, escritura y las cuatro operaciones fundamentales de aritmética; se les entregará al finalizar los estudios un certificado de idoneidad. Se dispone asimismo que el Director de la Escuela Industrial de la Nación Ing. Otto Krause, será al mismo tiempo director de la Escuela Anexa… (Citado en Colucci.- Lieff 2008: 37)

Esta primera década se iría con una fuerte impronta a la educación industrial. Habiendo dejado Krause su legado, su impronta y como señaló una vez *«la verdad es que los argentinos podemos estar satisfechos de los esfuerzos realizados para propagar la instrucción en la clase popular…».* Menuda tarea le quedaría a su sucesor, en una segunda década en la que nuevamente problemas internos y el contexto internacional ya no eran favorables. El Ingeniero Eduardo Latzina, sería el responsable de continuar la obra del mentor Krause por dos décadas. La Escuela Industrial de la Nación, en su apogeo a finales de la primera década se daría de frente con una situación internacional que afectaría al país, la industria y sus intereses corporativos y el ineludible efecto sobre esta educación.

ALGO NO SE ENTIENDE…UN EXDOCENTE FRANCÉS A CARGO DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

Mientras tanto en nuestro país, el 5 de marzo de 1910 -ya en el gobierno del Dr. Claudio Wiliman- este contrata a un experto extranjero para la dirección de la Escuela (James Thomas Cadilhat). Entre sus integrantes están Pedro Figari y Pedro Cosio. El nuevo director técnico presenta un proyecto de organización de los estudios en la institución en junio de ese mismo año, proyecto que es aprobado por el nuevo consejo dos meses después, marcando una discrepancia con Figari, quien en desacuerdo lo votaría en contra. Mientras, un amigo de Figari en el consejo, Pedro Cosio, hace refrendar incondicionalmente su apoyo al nuevo director y la nueva gestión con diferentes artículos periodísticos titulados «La enseñanza Profesional», los cuales son editorializados en junio, julio y agosto de ese año.

El 23 de julio, y luego de varias discrepancias, Figari presenta en el Consejo su propio proyecto denominado *«Reorganización de la Escuela Nacional de Artes y Oficios. Proyecto de Programa y*

Reglamento Superior General para la Transformación de la Escuela Nacional de Artes y Oficios en Escuela Pública de Arte Industrial». Durante la etapa de su divulgación, Figari publica ejemplares que son repartidos en diferentes estratos de organismos y entre personas vinculadas a la educación, las artes y la industria. No siendo todavía Figari un denotado pintor por esos años, en su proyecto de la *«Escuela Pública de Arte Industrial»* se revela una predisposición para el culto a la belleza y se advierte que su primera preocupación sería darle a la nueva institución otros fines, que no fueran esencialmente los vinculados a la técnica industrial. En este documento se genera un matiz importante con sus predecesores y también con sus compañeros del Consejo; señalando que:

> **Artículo 1º**: El fin de la escuela es la enseñanza de las ciencias y el arte, en sus aplicaciones industriales. **Artículo 2º**: En el cumplimiento de su misión, la Escuela ajustará la enseñanza y todos sus actos a las siguientes reglas: a) Dar instrucción práctica más bien que teórica adoptando en cuanto fuere posible, procedimientos experimentales, de modo que el alumno consiga por si mismo la verdad o el resultado que busca. b) Instruir al mayor número posible de personas, sin distinciones de ninguna clase, dándose además cursos especiales para obreros, en las horas y días que a estos más les convengan. […] f) Despertar y desarrollar las facultades de inventiva del alumno mediante clases de composición racional y decorativa […] conveniencia de preparar el fomento y desarrollo de las industrias relacionadas con nuestras riquezas naturales y con las materias primas de producción natural. **Articulo 4**: La asistencia a las clases será enteramente libre y solo cuando sea perturbada la enseñanza, podrán imponerse las restricciones indispensables. **Articulo 5**: No se aplicarán castigos…» (Figari , 1910 : 26 -29)

Figari, busca un conducente cambio de la misma, respecto a la modalidad de externado y que la Escuela Nacional de Artes y Oficios se debería denominar definitivamente; Escuela Pública de Arte Industrial. Figari expone en el consejo, en reiteradas sesiones, su posición contraria al funcionamiento de la institución. El director Cadilhat y la mayoría del consejo, aplicaban una propuesta educativa que buscaba formar lo más rápidamente posible a obreros hábiles. Es ahí donde Figari ingresa en una discusión pública con el nuevo director, aduciendo no solo a la gestión de la institución, sino al aspecto pedagógico. En una de las referencias más notadas Figari señalaría lo limitado que era enseñar a un alumno únicamente en base a la instrucción manual. Aun así, el no dejaría de recorrer los diferentes ámbitos, presentando su plan y su preocupación respecto al mercado de trabajo del país y el futuro de los educandos. Su posición minoritaria en la institución, provocó en reiteradas oportunidades fuertes discrepancias con algunos de sus allegados:

> Lamento que mi distinguido compañero y amigo Don Pedro Cosio proponga para nuestra Escuela Industrial un plan que, si bien ofrece todos los espejismos imaginables, no responde a una finalidad práctica más de acuerdo con la estructura nacional […] Demos por admitido que la Escuela ha funcionado regularmente y que tenemos ya cien o más técnicos mecánicos, cien o más electrotécnicos, y otros tantos técnicos químicos y maestros de obras: ¿Qué hacen?, ¿Qué

> podrán hacer en el país por muchos años? […] Nosotros debemos, a mi juicio, encarar la enseñanza industrial desde el punto de vista de las artes decorativas, más que del punto de vista fabril manufacturero. (Figari, 1910 : 16)

Igualmente el vínculo entre Cosio y Cadilhat; buscaba tener la confianza de los sectores industriales instalados hasta el momento y a su vez mantener un estrecho vínculo con el gobierno. Sin lugar a dudas la figura más relevante de este consejo -luego de la de Figari- era la de Pedro Cosio. Este personaje alternaba en diferentes ámbitos, constituyendo una columna vertebral, debido a su vínculo con el poder político e industrial. Al mismo tiempo se desempeñaba como diputado por el Partido Colorado y editorialista de la Revista de la Unión Industrial. Se dejaba bien establecido que el modelo pedagógico de estos últimos sería la formación de obreros hábiles en el ejercicio de su profesión, así como también contramaestres y jefes de taller. Contrariamente, queda clara la intención de Figari de consolidar una cultura nacional y regional sobre la base de artesanos independientes, aspecto que iba a contrapelo de lo que era el desarrollo industrial moderno. Esto hacía que su plan se enfrentara con una concepción de país diferente, en la cual el gobierno demostraba sus pretensiones e intereses de clases ya creados, que estaban bien definidos en dirección al sector industrial establecido.

Se iba a iniciar entonces, una etapa final en la que el mismo Pedro Cosio -amigo personal, pero opositor a él en las ideas y en el mismo consejo de la escuela- señalaría que «el plan de Figari es tan avanzado que no se ha puesto en práctica en ninguna de las escuelas europeas». Después de esto fue permanentemente tildado de *utopista, soñador, idealista y hasta romántico*. Las respuestas a estas apreciaciones ya eran hace tiempo de expresión pública, lo cual hacía que toda ofensiva editorial tuviera su respuesta en ambas direcciones. En una de las últimas editoriales, a principios de Octubre de 1910, Figari arremete contra uno de los integrantes del consejo, Ramón Montero Paullier, quien en defensa del Director había publicado una editorial titulada «Más realista que el Rey»*:*

> En mis idealismos y ensueños, como dice con zumba el Doctor Montero Paullier, sin advertir que ese es mi mejor título –desde que hablamos de título- el conservar aún idealismos, entusiasmos y energías, casi veterano como soy, y caso por lo mismo que en mis lides ha vencido; en mis ensueños e idealismos pienso que ajustada la escuela a mi plan de reformas habrá de producir resultados muy benéficos… (Citado en Sanguinetti, 2001 : 122).

Figari se ve en la disyuntiva de continuar siendo la oposición en el consejo y mantenerse en la soledad, buscando sí, generar aportes desde ese lugar. El clima de exposición pública de las divergencias, hacía pensar que ya no era propicio un vinculo normal en la búsqueda de acuerdos y convencimiento a sus colegas consejeros. A raíz de esto, el camino a seguir no estaba muy distante de tener que dar un paso atrás, el cual se daría a finales de noviembre de ese mismo año. No sin antes

señalar en una misiva al Ministro de Industrias, Trabajo e Instrucción Pública, Julián de la Hoz, en la que señala:

> Las razones que extensamente ha expuesto en la prensa dejan ver, a las claras, que mi actuación en el Consejo de la Escuela de Artes y Oficios es por completo inútil […] Yo encaré la reorganización de un punto de vista moderno, es decir positivo, directo y eficaz, de modo que la enseñanza se encaminara en corrientes liberales y avanzadas, como lo aconsejan las opiniones más autorizadas y prestigiosas, respetando la individualidad del alumno, extendiendo lo más posible la instrucción elemental […] Se ha optado en vez por la instrucción formal, hoy día en pleno descrédito. (Citado en Sanguinetti, 2001 : 123)

La irrupción del proyecto Saavedra Lamas… y el ocaso de las ideas krausianas

Con la guerra se hizo más evidente que la prominente educación industrial, estaba en una situación de vulnerabilidad. Una de las razones más poderosas que actuó negativamente en la eficiencia del sistema educativo, fue el lógico encarecimiento de la mano de obra altamente calificada. Se había iniciado en América una recepción masiva de inmigrantes, que en muchos casos traían consigo profesiones. Esto permitió el aprovechamiento de la mano de obra dotada del mínimo indispensable de capacitación a través de la experiencia desarrollada en sus países de origen, principalmente en actividades agrarias y en menor medida industriales. Como nunca, las presiones corporativas de la Unión Industrial Argentina se encuadran en lo que debía ser una reforma de la educación, surgiendo el Proyecto Saavedra Lamas. Era el principio del fin de la impronta pedagógica que Krause había creado y que el sucesor buscaba continuar defendiendo. Esta reforma se concentraba en el ciclo medio, ya que existía una preocupación muy peculiar por la significación social del sector que tenía acceso a la escuela media. Los que cursaban estudios eran en su mayoría jóvenes, evidenciándose en esta población una creciente deserción, situación expresada por el mismo Saavedra Lamas:

> … van a ser médicos, abogados, doctores, si tienen energías para ello, o van a ser **desclases**, o van a ser empleados, o van a ser reclutados por la politiquería, o van a engrosar la burocracia en su forma peor, porque en las altas disciplinas de nuestro colegio no existe otro rumbo a seguir (Saavedra Lamas, 1916 : 58).

La reforma intentaba que este perfil de alumno fuera orientado muy precozmente hacia actividades manuales. Por otra parte, en el aspecto político, no era menor saber para la elite porteña, de que este sistema seleccionaría de forma más cuidadosa el acceso a uno de los estancos de poder más importantes como era la Universidad. Se inicia entonces la Escuela Intermedia, que aparecerá como una especie de «cernidero» y selección hacia una nueva modalidad de educación industrial. Esto producía un direccionamiento de los educandos, a una edad de 11-12 años, los cuales por no poseer linaje, tendrían predestinada la educación industrial.

> No están en condiciones de realizar opciones más elevadas. Ellos tienen ya predeterminada casi su situación social y se trata sólo de evitar que no complementen su instrucción incipiente haciendo también que aseguren su dignidad en la vida… (Saavedra Lamas, 1916 : 42).

Nuevamente la oligarquía Argentina reunida en la Unión Industrial hace su incursión en el tema, señalando que las escuelas industriales continúan preparando y gastando un presupuesto en un futuro personal que no está apto para trabajar en la industria. El argumento más convincente es que tienen una formación superior a la exigida. La UIA entendió que la Escuela Intermedia no sería tampoco la solución al problema, argumentando que la forma más eficaz era la puesta en práctica de un sistema de establecimientos en todo el país de Escuelas de Artes y Oficios. Esto ya había sido previsto en el mismo decreto de Saavedra Lamas.

> los alumnos de los colegios nacionales y de las escuelas normales e industriales, aún los de la Escuela Intermedia recientemente creada, pertenecen en general a la clase media, y una vez que han cursado las materias que aquí se enseñan difícilmente se someten a la vida de taller como simples obreros (Citado en Tedesco, 1986 : 185).

La intencionalidad de esta organización estaba muy clara y a partir de ahí el Ingeniero Eduardo Latzina, comienza al frente de la Escuela Industrial de la Nación, una fuerte ofensiva a favor de lo que serían los valores de la educación industrial. Tenía ahora la responsabilidad de quien lo había precedido. Por otro lado, la situación económica del país dejaba en evidencia que los rubros dirigidos a instituciones con el perfil de Escuelas Industriales no eran prioridad. Evidentemente, el contexto mundial y sus repercusiones en la Argentina urgían actuar en base a necesidades perentorias. Sustituir importaciones de la forma más efectiva no sería una tarea fácil, situación que se evidenció en el desarrollo tecnológico de la industria existente. A raíz de esto, los «expertos» del gobierno señalaban de forma enfática que:

> era indispensable crear Escuelas Prácticas con mucho trabajo manual y un mínimo de enseñanza teórica, así que dichas escuelas crearían pequeñas fábricas de manera que se mantuvieren con el trabajo de los alumnos… (Colucci,- Lieff, 2008 : 73).

De forma de contrarrestar dichas opiniones y posicionamientos, el Ing. Latzina -antes de abandonar la institución- efectúa una alocución, que pasaría a la posteridad:

> … quienes así opinaban no tienen experiencia en educación. La Escuela Industrial de la Nación, con sus cursos teóricos y prácticos a lo largo de seis años formaba Maestros Mayores de Obra y Técnicos con práctica suficiente para la industria. La base de conocimientos teóricos era suficiente para que con un criterio adecuado puedan resolver los problemas del trabajo industrial; por ello era necesario adquirir conocimientos específicos correspondientes a cada carrera industrial para formar personalidades integrales; de no ser así la formación solamente práctica no permite resolver nuevos problemas: En la enseñanza técnica el éxito se obtiene

> conjugando la teoría y la práctica, una complementa y vigoriza a la otra. (Citado en Colucci-Lieff, 2008 : 73)

FIGARI Y LA OTRORA EFÍMERA ESPERANZA DE UNA NUEVA OPORTUNIDAD…

Don José Batlle y Ordóñez, quien luego de acuerdos políticos entre Blancos y Colorados, asumiría su segunda presidencia el 1º de marzo de 1911; y como era de prever, la llegada al poder del líder colorado iba a generar una fuerte expectativa en Figari, ya que de una vez y para siempre se podría plasmar su plan para la educación técnica. Pero mas allá del vinculo político que los unía, el presidente habría de enfocarse en un faraónico proyecto arquitectónico para Montevideo, proyecto que contaba con la complacencia del primer intendente de la ciudad, Daniel Muñoz. Este proyecto de concepción parisina –que tanto lo había deslumbrado- buscaba generar en Montevideo, academias de arte y nuclearlas en un barrio (hoy Parque Batlle y Ordóñez). Por otro lado, ante la solicitud de opinión del presidente sobre el proyecto, Figari no solo lo desestimó de forma burlesca, sino que lo tildó de absurdo. Este hecho que sucedió en el mismo momento en que Figari buscaba convencer al jefe de estado sobre su plan de organización de la educación técnica, tuvo trascendencia pública, generando una evidente molestia en el presidente.

> Frente a las ideas de Figari, con las que insistía de año a año, de período de gobierno en período de gobierno, la doctrina establecida estaba fundada en supuestos bien diferenciados. El supuesto general de todas las políticas era el de la diferencia de clases. Los más pobres tenían que aprender oficios. Estos oficios debían enseñarse para servir las necesidades de la industria, tal como esa industria existía, sin dar un paso más allá y sin incorporarle nada que no fuera la satisfacción de lo inmediato tal como aparecía en los talleres (Anastasia, 1994 : 160)

Finalmente un hecho que sorprendió al propio Figari, fue la actitud de Batlle de enviar al parlamento, a principios de mayo de 1911, el proyecto de creación de los liceos en cada capital departamental. Apesadumbrado, Figari no entendía que un hombre de tal espíritu reformista y actitudes revolucionarias para la época, hubiera tomado tal actitud. Batlle, que no había llegado a titularse en la Universidad, estaba teniendo sin embargo una actitud complaciente con esta. Nunca más que ahora la educación secundaria liceal iba a cumplir la misión de acercar a las familias de elites de la campaña a la Universidad. Nuevamente Figari, verá postergada su idea y especialmente esta vez su desazón será mayor aún. Se evidenciaban así diferencias sobre cómo educar a las clases populares. Mientras Figari buscaba alternar la educación técnica con el arte y así desarrollar la inventiva del educando, Batlle veía en la concreción de los liceos la oportunidad de elevar el nivel educativo de forma más efectiva. En una misiva en el apogeo de su vida, Figari ha de ser muy expresivo respecto a lo que pensaba del presidente, resaltando por un lado sus virtudes progresistas para la época y argumentado en otro sentido que:

> No se animó a adoptar dicha reforma, con ser tan fructuosa como fácil. Diríase que temió perder adeptos, optando por los liceos de campaña, más adecuados a la formación de electores y elementos del club (Figari P. 1932).

HACE UN SIGLO; FIGARI SE ENCUMBRABA…UNA LUZ QUE DURO APENAS VEINTIDÓS MESES

Culminado el gobierno de Batlle, en los inicios de 1915 y asumiendo la presidencia Feliciano Viera, finalmente se habrían de dar las condiciones para que Figari llegara a concretar el tan profundo anhelo. Previamente a este paso, tiene el apoyo explícito del presidente al memorando titulado *«lo que debe hacerse»*, lo cual hace que sea designado el día 15 de julio de 1915. Consciente era él, de que su respaldo se sustentaba casi exclusivamente en el presidente y en un grupo pequeño de colaboradores entre los que se encontraba su familia:

> Este nuevo período constituye una etapa definitiva dentro de la parábola espiritual de Figari. Allí, entre las paredes viejas y ennegrecidas, dejó Figari el destello de su nueva pasión. No fue solo él, ya que parte de su familia debió acompañarlo en su férvida campaña. El primero a su lado fue su hijo Juan Carlos, flamante su título de arquitecto; después amigos directos como el pintor Bereta. Y no bastándole aún, fueron las hijas a inocular un complemento sentido femenino, a la obra den gestación […] olvida todo por la Escuela, su casa no existe más que para los ineludibles menesteres del comer y del dormir diarios. Transfiere su hogar espiritual a los viejos muros. Renueva los talleres severos -más de cárcel que de escuela- abriéndolos al sol, para ahuyentar la severidad de la pena y atraer la alegría del nuevo trabajo. […] Aparta a los maestros rutinarios y transforma las clases estériles en talleres vivos, como colmenas. Todo se vuelve Escuela en su vida. Llena los bolsillos de libretas y croquis, anotando las ideas, en tropel, para la renovación de todas las formas del arte aplicado. Instaura un espíritu de cofradía de edad media, dignificando la vida del futuro artesano, no en la tarea repetidora y estéril, sino en la creación fecunda. Y él también, vuelto maestro artesano, se apasiona por todos los materiales nobles que transformarán la escuela… (Citado en Martínez Montero - Villegas Suárez, 1967 : 99-100)

Se respiraba en la institución, un ambiente de estímulo de arte práctico, aspecto que era reforzado con los elogios de quienes visitaban la escuela; verdaderamente esta sería la anhelada «edad de oro» de la escuela. Al promediar el año y medio de gestión, Figari visualizó un momento propicio para la presentación de su obra definitiva en la concreción de la educación industrial, *«el Plan General de Organización de la Enseñanza Industrial»*. Este buscaba perpetuar la obra, orientándose a establecer preceptos filosóficos y pedagógicos que modificarían de manera estructural la educación técnica en el Uruguay. Con toda precisión, va describiendo aquellos aspectos que visualiza como medulares para la concreción del proyecto, recibiendo fuertes halagos de una parte de la sociedad uruguaya. En sus párrafos se puede leer que más allá de contener su pensamiento pedagógico, el documento tiene

una impronta explícita de proyección de la aplicabilidad de una política educativa y social hacia la educación técnica. Es debido a esto que en el transcurso del documento, además del análisis de las materias, aparece de forma manifiesta su gran confianza en lo que él llamó, la inteligencia vivaz de los pueblos sudamericanos:

> Si a estos pueblos se los educa, pueden producir con igual intensidad que cualquier otro. Ante todo, pues, hay que enseñar a trabajar. Todos los alumnos de todas las escuelas deben aprender a trabajar, trabajar prácticamente. Hay que acostumbrar a la mentalidad, desde la infancia, a asociar el ingenio a la acción, y principalmente al fin productor, para evitar el riesgo de forjar simples elucubradores en un país que, como este, demanda más que nada hombres capaces de utilizar sus riquezas. (Figari, 1917 : 5)

En este documento a su vez no deja de omitir controvertidas apreciaciones sobre los modelos educativos que tenían como único fin; *«mi hijo el doctor».* Figari no perdió la oportunidad de iniciar una nueva confrontación dialéctica con la educación liceal y sus patrocinadores. Entre sus apreciaciones se encontraban, en el mismo texto, señalamientos que culpaban a esta educación de fomentar abstracciones insuficientes y de someter a los individuos de forma exclusiva a gimnasias mentales sin aplicabilidad a la vida real, cuando no generadores de efectos perniciosos.

> «Es cierto que en las escuelas, liceos y universidades se enseña matemáticas, física, química, mineralogía, botánica y otras ciencias naturales, pero no es menos cierto que se enseñan estas ramas con un propósito de diletantismo más bien, para llenar una curiosidad especulativa, que, si forma un barniz cultural, no prepara una cultura efectiva como lo sería un enseñamiento práctico, integral. Ese barniz, sin embargo, produce el espejismo del conocimiento, y los que poseen tal preparación, tan incompleta que solo habilita para perorar, no pueden discurrir de los problemas que plantea diariamente la realidad, la que se estructura de un modo mucho más concreto. Con aquel arsenal de ciencia, literaria diríase, no se enciende una lamparilla, ni se talla una piedra, ni se repara un motor. Se cultivan así los elementos -auxiliares- sociales en grandes almácigos, excluyendo al productor, ¡al productor nada menos!, y se forma una clase proletaria infeliz, y estéril a pesar de su brillo: el proletariado intelectual que pesa como una calamidad en ciertos países». (Figari, 1917 : 7-8)

En otro orden de cosas, Figari no omitió transcribir en el documento un apéndice (*Lo que era y lo que es la Escuela de Artes)* en donde efectuó un análisis comparativo con lo que habían sido las gestiones que le precedieron, y en especial la Escuela Nacional de Artes y Oficios. Más aún, existía implícitamente una concepción filosófica dirigida al individuo y el lugar que debería ocupar ese educando en el futuro productivo del país y en la sociedad. Es por esto que en uno de los pasajes finales de este Plan, no deja de expresar que se debe explicitar la realidad del momento.

> No basta enseñar; ni enseñar a trabajar; ni basta enseñar a vivir; es preciso también procurar a los desamparados los medios indispensables, aunque sea más, para que puedan reaccionar

> despertando su espíritu al orden y la diligencia, dentro de la capa de plomo de la modorra en que han vivido tanto tiempo, precisamente por hallarse privados de todo […]Preparar a estos desheredados en el sentido de que tienen que bastarse a si mismos apenas tengan uso de razón, sería darles una conciencia más moral más provechosa. La caridad comienza por humillarlos, o bien, por hacerles creer que la sociedad les es deudora a un título, que, por lo mismo que no les es dado definir, lleva a todas las arbitrariedades de imaginación infantil. (Figari, 1917 : 44)

Había pasado nada más que un mes de la publicación de dicho documento – trabajo que había sido encomendado por el mismo presidente Viera- y nuevamente empezaban a repiquetear «tambores de guerra». Por un lado las repercusiones del Plan habían generado elogios permanentes en los medios de prensa, fundamentalmente en el interior. La razón de esto estaba expuesta en el texto, Figari había puesto especial atención en lo que debía hacerse con esa campaña hasta entonces olvidada. Por otro lado, las expresiones de miembros de la Cámara de Industrias y del ámbito político no eran para nada favorables a Figari. Una vez salido a la luz el Plan, el poder ejecutivo ingresó en una suerte de actos erráticos y equívocos, designando un nuevo consejo, lo cual generó la molestia y el desplazamiento jerárquico de Figari y su proyectado Plan de Organización de la educación industrial. Ese mismo día de abril de 1917 y bajo estas circunstancias, Figari de una vez y para siempre presenta una renuncia indeclinable, culminando así su experiencia al frente de la educación Industrial en el Uruguay.

Hacia el mejor Arte de América

Habían pasado algo mas de dos años de su última y efímera incursión en la educación industrial; mientras tanto en Europa estaba finalizando la guerra y las adormecidas industrias y escuelas industriales comenzaban una expansión en pos de recuperar esos años de beligerancia. A raíz de esto, y encontrándose todavía en Montevideo, inicia un profundo análisis y publicación de escritos sobre el arte, la industrialización y la autonomía de la región.

> «…solo aquí en Sud América, hemos podido creer que basta la teoría, en el orden educacional y que, en el orden económico, basta explotar las materias primas para su exportación, bien que pretendamos un puesto internacional honroso de pueblos modernos, cultos, lo cual es un contrasentido. Estos países, formados por trasplante de razas diversas sobre tierras vírgenes, no pueden requerir el mismo tratamiento educacional que las sociedades homogéneas del Viejo Mundo, las que vienen evolucionando sobre su propia obra […] En estos países nos debatimos en territorios despoblados inmensos, incultos, desprovistos a veces, hasta de los elementos más indispensables; poblaciones rarefactas y desamparadas, las que, por lo común, no pueden corresponder a la demanda de las metrópolis, arrogantes y voraces […] Es así, que tan a menudo apelamos a los extranjeros para que nos hagan palacios y monumentos a la usanza Europea, para que regenten nuestras escuelas e instalen nuestras usinas, y, a poco de andar, todo esto nos dan la ilusión de ser nuestro. Cuando no es más que un exotismo en el medio;

> como si endosáramos un uniforme académico prestado, para aumentar nuestro volumen cultural. Está bien que echemos mano de los preciosos recursos técnicos acumulados en el mundo para aprovecharlos con criterio, pero es una aberración que confiemos al extranjero la dirección de nuestra mentalidad y de nuestra actividad productora. […] Para que esta obra pueda sernos honrosa y de provecho, debe ser dirigida por nosotros sobre el substrátum americano genuinamente regional, y dentro de un plan que como sistema óseo, sirva de base al ordenamiento cultural. Sería inexcusable librarla al azar. (Figari, 1920 : 180-181)

Los avatares profesionales y las circunstancias que hicieron que se deslindara de lo político –sumado a los insucesos trágicos de su vida personal- hicieron que a mediados de enero de 1921, se radicara en Buenos Aires. En los primeros tiempos, Figari, junto a su hijo Juan Carlos, se introduce de lleno en la pintura. Desde allí se vinculará con los cenáculos más importantes de las expresiones artísticas porteñas. Argentina lo recibe de una forma muy complaciente y gradualmente se hace acreedor de gran respeto, compresión y admiración.

Habían pasado cuatro años de su desembarco en Buenos Aires y su prestigio iba en aumento. Sin embargo, su concepción americanista estaba intacta y las preocupaciones sociales seguían siendo un aspecto sustancial de su obra y de su pensamiento. Es por ello que a finales de junio del año 1926, unos meses antes de viajar a Europa (donde se radicará cerca de una década en París), es invitado a dictar una conferencia en el Instituto Popular de Conferencias del diario *La Prensa* de Buenos Aires. Esta conferencia se tituló «Hacia el mejor Arte de América» y en ella Figari proyectó, los escenarios posibles de su visión sociológica sobre el destino de América, sustentando sus argumentos en el variado acopio de documentos que había generado sobre el tema, y buscando llegar a una síntesis, que sería publicada bajo el título *Hacia la eficiencia de América.* Este documento sería la última obra en la que Figari expresaría de forma explícita su concepción americanista. En él reclama la creación de nichos de producción y arte hasta en los parajes más rezagados, investigando e utilizando riquezas y recursos para su mejor aprovechamiento.

> Yo creo que nuestra raza, superior como la que más, constituida por selecciones cosmopolitas, y radicada en territorios inmensos, e inmensamente ricos, puede desempeñar en el mundo una misión de fecundidad y de brillo, pero exige que trabajemos mucho, y que trabajemos. […] Si hemos de asegurar el buen éxito de esta empresa, que, aunque pacífica y mansa, no deja de ser ardua y gloriosa como una campaña guerrera. […] Lo que conviene es observar y señalar, para rectificarnos y mejorar, y no callar y disimular por complacer fácilmente, o cruzarnos de brazos ante una dificultad, en vez de sitiarla para vencerla. […] Nuestro snobismo todavía nos hace sonrojar frente a la sencillez de nuestra ascendencia, y hasta de nuestros modestos y encantadores vestigios urbanos, no ya ante la áspera rusticidad campera, a la que tanto debemos. […] vemos que, nuestras riquezas, a fuerza de ser cuantiosas, quedan desconocidas, y

> hasta omitidas, y no porque no se sientan también en América las exigüidades de la pobreza, en medio del brillo de lo opulento, sino por imprevisión. (Figari, 26 de Junio de 1925)

Finalmente en esta alocución, realiza una síntesis de su obra pedagógica, y motivado por su satisfacción por los años vividos en Argentina y su vínculo afectivo e intelectual con este país. Con los años retornaría al país y moriría en el mismo Montevideo que lo había visto nacer, educarse y luego trabajar como defensor de oficio y al frente de la educación industrial. En esta ponencia, hemos recorrido el pensamiento de educadores populares que buscaron fomentar sus ideas, proyectos, circunstancias, hechos y creencias legadas a las generaciones futuras. Es por esto que es de capital importancia releer y seguir exponiendo el postulado de Pestalozzi, uno de los más notables pedagogos de la humanidad, quien dedicó su vida académica a los que hoy llamamos excluidos, y en especial a la minoridad en poblaciones rurales de esa Europa convulsionada por enfermedades, revoluciones e industrialismo, quien hace casi doscientos años, reflexionaba sobre contextos tal vez, más difíciles que los actuales:

> si se quiere que la educación cultivase lo mejor del hombre, esta debía primero crear una independencia económica y habilidades profesionales utilizables […] por baja que sea su condición terrena, nos encontramos en este caso también con un miembro de nuestra raza, sujeto a las mismas sensaciones de alegría y aflicción internas, nacido con las mismas facultades, con el mismo destino, con las mismas esperanzas de una vida de inmortalidad (Pestalozzi, 1819 : 166)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

Anastasía L. V. (1994) *Figari, lucha continua.* Montevideo : Edición Instituto Italiano di Cultura in Uruguay.

Anastasía L. V. (1975) *Pedro Figari, Americano Integral.* Montevideo : Ediciones del Sesquicentenário.

Colucci M. y Lieff E. (2008) Krause cien años después. Historia de la Educación Industrial. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ed. Marcha Gráfica.

Cosio P. (1910) Revista de la Unión Industrial Uruguaya

El Siglo (1917) De Viana J. Diario, de Montevideo, 19 de abril de 1917

Figari, P. (1910 [2007]) Reorganización de la Escuela Nacional de Artes y Oficios. Proyecto sobre transformación de la Escuela Nacional de Artes y Oficios en Escuela Industrial. Montevideo : Escuela de Industrias Gráficas.

Figari, P. (1917) Plan General de Organización de la Enseñanza Industrial. Montevideo : Imprenta Nacional.

Figari, P. (1920 [2007]) Educación y Arte. Montevideo: Escuela de Industrias Gráficas.

Figari, P. Conferencia pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias del diario *La Prensa* de Buenos Aires, el 26 de junio de 1926.

Figari, P. Carta a Nicasio de Castillo desde París, 8 de Julio de 1932. Archivo Figari, Museo Histórico Nacional. Tomo 2650.

Figari, P. Carta a su nieto Jorge Faget Figari desde París, 9 de agosto de 1932. Archivo Luis Víctor Anastasia.

Figari, P. Apunte autobiográfico, fechado el 14 de mayo de 1938. Archivo Luis Víctor Anastasia.

Groussac, P. (1920) El Viaje Intelectual. Buenos Aires. Ed. Jesús Menéndez.

Krause O. (1899) Instrucción industrial. Su implantación en el país. Anales de La Sociedad Científica Argentina. Buenos Aires.

Martínez Montero A. y Villegas Suárez E. (1967) Historia de la Universidad del Trabajo del Uruguay. Montevideo: Escuela de Artes de Gráficas.

Pestalozzi, J. H. (1819 [1988]) «Cartas sobre la educación infantil, XXXII» en Clásicos del Pensamiento. Madrid: Editorial Tecnos,.

Revista Liga Industrial, 18 de Octubre de 1878.

Sanguinetti, J. M. (2001) «El Doctor Figari» Montevideo: Ediciones Santillana.

Tedesco J. C. (1986 [1990]) Educación y sociedad en la Argentina (1880 – 1945) Buenos Aires: Ediciones Solar.